



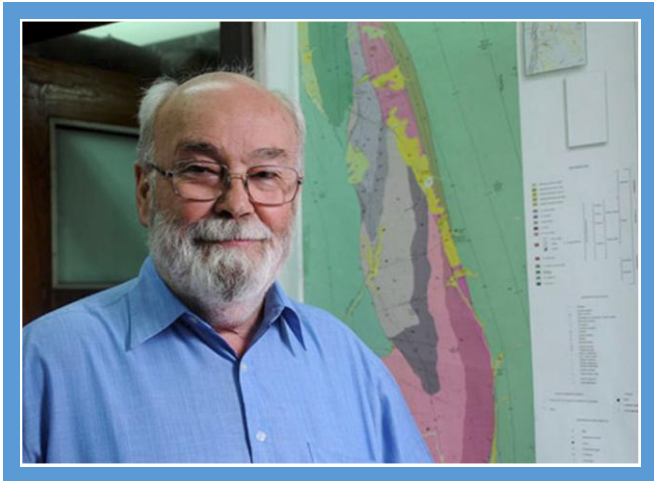
Es un honor para la **Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (ANCEFN)** presentar esta hermosa semblanza del trabajo de nuestro Académico **Dr. Víctor A. Ramos**. Es un pequeño homenaje a su colaboración con nuestra Academia, siempre muy valiosa y generosa.

Su carrera como geólogo comenzó en la Universidad de Buenos Aires y realizó luego estudios posdoctorales en Europa y en EEUU. Ha dedicado más de seis décadas a la comprensión de la evolución geológica de los Andes, formando numerosos estudiantes de doctorado. Ha recibido numerosas distinciones por su trabajo científico en el país y en el extranjero. Ha sido nombrado Miembro Honorario de la Geological Society of America, y Académico de la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos, Chile, Brasil, Argentina y de la World Academy of Sciences.

El Dr. Ramos fue Presidente de la ANCEFN entre 2020 y 2024 y Secretario General entre 2024 y 2026. Actualmente, es además Editor de los Anales de la ANCEFN.

**¡Gracias, Víctor!**

**Alicia Dickenstein**  
Presidente ANCEFN  
*18 de mayo de 2026*



# EL SEÑOR DE LAS MONTAÑAS

Puestos a dar una mirada a nuestras vidas, muchos reconocemos un momento crucial que lo cambiaría todo, a veces por azar, otras por una elección... acertada o errada.

Para el prócer de la geología Víctor Ramos, que durante décadas recorrió la Cordillera de los Andes desde Tierra del Fuego hasta Colombia, y que llegó a conocerla como la palma de su mano, esa escena se sitúa en los años ochenta.

Un día, estaba llegando a Calingasta, en la provincia de San Juan, cuando vio al borde del camino unas rocas que no debían estar ahí: eran lavas almohadilladas características de los fondos oceánicos [estructuras volcánicas con forma de sacos o almohadas que se forman cuando el magma entra en contacto directo con el agua, su superficie se enfría bruscamente y se solidifica, mientras que el interior permanece fundido].

*¿Vestigios del fondo marino a miles de metros de altura, en el corazón de las montañas que recorren como una columna vertebral el Oeste de la Argentina? "Acá hay algo muy interesante", se dijo.*

Y rápidamente comenzó a concebir las implicancias de esa anomalía. El continente no era continuo. Hace unos 400 millones de años, separado por un antiguo océano, hubo otro terreno o microcontinente que hoy forma parte del subsuelo de la región central y sur de la Argentina y Chile (es decir, que no se había formado donde lo encontramos hoy, sino que había viajado desde otra parte del planeta a lo largo de millones de años), y que al colisionar contra Gondwana había promovido la formación de una gran cadena montañosa. Lo detectó al analizar inconsistencias en los registros fósiles y la composición de las rocas de la precordillera argentina y ver que ciertas faunas fósiles del Paleozoico no concordaban con las del resto del



supercontinente del sur, lo que sugería que ese bloque tenía origen foráneo.

Lo llamó Chilenia y presentó su hipótesis en 1984. Al principio, la comunidad científica lo consideró especulativo, pero veinticinco años más tarde Chile lo nombraría miembro de su Academia de Ciencias precisamente por reconocer que lo que hoy es ese país originalmente formaba parte de un continente independiente.

Esta historia no solo es un ejemplo fascinante de cómo la geología narra historias del pasado lejano de la Tierra a partir de pistas en las rocas y los fósiles, sino que de alguna manera ayuda a percibir el estilo que lo definiría a lo largo de más de 60 años de carrera: internacionalmente reconocido por sus hallazgos, en muchas oportunidades tuvo que enfrentar la incompreensión para más tarde ser reivindicado por la misma naturaleza que supo leer mejor que nadie.

Nacido en Buenos Aires, durante todo el secundario Ramos pensó que quería ser abogado; sin embargo, al llegar al último año, un profesor de matemática fue banco por banco preguntando a cada alumno qué iba a estudiar y, cuando llegó a él le lanzó una sentencia que sellaría su destino: "Ramos, usted no está para la abogacía –le dijo–. Usted tiene que estudiar matemática, física, química". Acto seguido, aprovechando que tiene un hermano gemelo, Dante, que supo desde los cinco o seis años que quería ser físico, le pidió que lo anotara en el curso de ingreso a la facultad. "Te doy mi cédula, voy a escuchar un par de clases a ver qué es eso", le confió. Le bastó asistir a la primera lección de geología para decidir que era eso lo que le encantaba.

Ya en esa época se vislumbraba que haría un recorrido inusual. Gracias a que ambos hermanos habían rendido libre un año del secundario, ingresó a la universidad a los 15 años y egresó a los 19. Después, una beca de la Organización de Estados Americanos le

permitiría irse dos años a Holanda. Cuando volvió, la facultad ya no era la misma: el golpe militar del '66 había dispersado a sus profesores, figuras que admiraba. Defendió en público su tesis de doctorado (titulada "Geología de los primeros contrafuertes de la Puna saltojujeña entre San Antonio de los Cobres y el Moreno"), y uno de los jurados se negó a firmar el acta por razones que nada tenían que ver con su calidad científica (incluso hoy se siente orgulloso de su investigación). Tuvo que intervenir su director, el doctor **Juan Carlos Turner**, para que finalmente se aprobara.



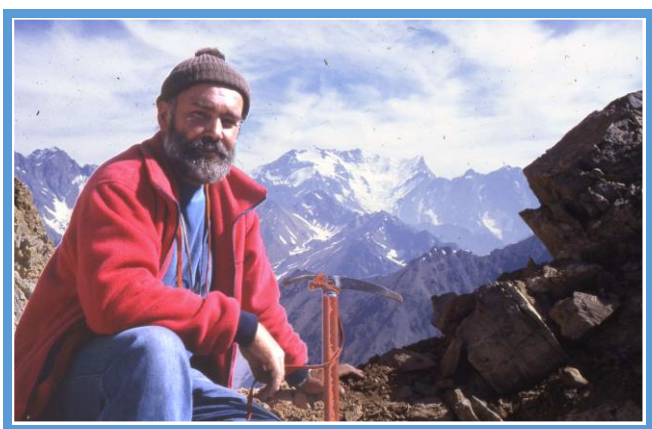
Ramos fue protagonista de una época de la geología con mucha menos tecnología, pero una enorme dosis de aventura y exploración. "Era caminar, subir, trepar, no saber qué había detrás de la próxima loma –explica–. Recorrer las montañas a lomo de mula, en campañas que duraban un mes como mínimo, a veces, dos. Uno se largaba a ver lo que encontraba. No había imágenes satelitales ni drones para inspeccionar el terreno. Había cumbres y curiosidad. Hoy, se sale al campo ya sabiendo lo que se va a buscar, con análisis hechos de antemano. Desde Londres se puede mirar en tiempo real lo que un dron registra en la Patagonia. Hoy, un buen geólogo es una persona que tiene buena base en matemática, que puede utilizar la inteli-



gencia artificial... Se perdió la parte romántica, pero se ganaron otras cosas". De hecho, aunque ninguna tecnología puede reemplazar la mirada entrenada en el campo a lo largo de años, él mismo utiliza los innumerables medios tecnológicos disponibles en su actual faceta de historiador de la geología.

## SOLO EN LA CUMBRE

Como si fuera un "sherpa" de estas latitudes, ya que sorprendía a los médicos por su resistencia a las alturas, Ramos hizo cumbre en el Aconcagua en solitario. Había intentado dominar a la montaña en cuatro intentos previos, pero esta se le había rebelado por tormentas inoportunas, o porque algún compañero se sentía mal y había que volver. La quinta vez decidió que iba solo. Conocía el camino de memoria, había trabajado casi diez años en esa región y había trepado todos los cerros de los alrededores. "Me sentía como en casa", destaca.



Esa mañana, dos abogados que también estaban en el campamento se enteraron de que salía hacia el último tramo y le pidieron unirse. Él aceptó, pero con una condición: eran una expedición aparte, con su propio equipo y su propia comida. "Si a ustedes les pasa algo, es problema de ustedes", les aclaró. Estaba finalizando su campaña en la zona, que había cartografiado exhaustivamente. Salieron temprano. A los 6.200 metros, los abogados se quedaron sin fuerzas y em-

prendieron el regreso. Ramos siguió. Llegó a la cima solo, el día de sus 40 años, sin entrenamiento especial más allá de la aclimatación natural de años de trabajo en altura. Apenas perdió un par de kilos.

Su amor por la montaña permanece intacto, pero hace no tanto —"antes de los 70", precisa— decidió dejar de lado el andinismo cuando intentó subir con un grupo de españoles a un cerro que había escalado cincuenta veces, empezó a trepar, las manos no le respondieron, y se deslizó hacia abajo tres o cuatro metros. No fue grave, pero entendió el mensaje y ya no escala.

## SECRETOS DE LA TIERRA

Entre los notables hallazgos de su carrera, hay otro que tras veinte años de discusiones se confirma cada vez más a la luz de nuevos descubrimientos. Se refiere al origen de la Patagonia. En 1984, Ramos fue uno de los primeros en postular que hasta hace entre 250 y 270 millones de años, cuando colisionó con la parte sur de nuestro continente, había estado unida a la Antártida. "Hay que tener paciencia de santo —bromea—. Muchas veces a los no especialistas les parece una especulación, pero cuando uno analiza dato por dato percibe claramente cuál fue el proceso".

Ex vicedecano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA, cuesta resumir los hitos de su trayectoria superlativa. Como estudiante, además de distinguirse en lo académico, creó la Agrupación Humanista de Ciencias Naturales, fue su primer presidente, miembro del consejo directivo del Centro de estudiantes por la minoría y consejero estudiantil. Fue el primer geólogo de América del Sur en ser nombrado miembro honorario de la Geological Society of America. Es miembro de la National Academy of Sciences de los Estados Unidos, de la Academia Brasileira de Ciencias, de la Academia



Chilena de Ciencias y de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Argentina, que presidió entre 2020 y 2024. Profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires e investigador superior del Conicet en el Laboratorio de Tectónica Andina del Instituto de Estudios Andinos "Don Pablo Groeber", fue uno de los fundadores, en 1988, del Journal of South American Earth Sciences, que lanzó acompañado de cinco o seis colegas en Santiago de Chile, convencido de que hacía falta un espacio propio para la ciencia del continente. Después de más de tres décadas como editor regional, uno de sus discípulos organizó un número homenaje para sus 80 años con 35 trabajos de autores de varios países.

Al leerlos, decidió que merecían un epílogo. Lo tituló Final Words. Sus exalumnos en los Estados Unidos lo llamaron alarmados: en inglés, esa expresión suena muy definitiva, como las últimas palabras de alguien que se despide del mundo. Él aclaró que se refería al trabajo de campo, no a la vida intelectual, ya que ahora se encuentra dedicado con el mismo entusiasmo a la historia de la geología. "Trato de traer al presente a unos personajes extraordinarios que construyeron la ciencia argentina —explica—. No me alcanzan las manos para escribir todo lo que quiero". Fuera de sus estudios, una de sus máximas satisfacciones personales son sus nueve nietos. Todos hacen o piensan cursar una carrera universitaria. Y un sobrino, el hijo de su hermano Dante, que estudió geología por su influencia y hoy es un destacado científico que se parece mucho a él y muchos toman como su hijo.

Dotado de una profunda sensibilidad que lo hace responder generosamente a la requisitoria de los medios y difundir los últimos conocimientos a los legos, Ramos se considera un ejemplo de movilidad social. "Mi abuelo era barrendero, un hombre enorme que barría las calles con un escobillón de un metro

—recuerda, con la voz embargada por la emoción—. Mi abuela era empleada doméstica. Mi padre nunca pudo estudiar y llegar a la universidad. Pero los tres hijos lo hicimos y los tres nos destacamos en lo que elegimos. Si uno piensa que de un barrendero salieron tres reconocidos científicos o profesionales... eso no está ocurriendo ahora y me produce una pena enorme. Lo que me preocupa no es solo la pobreza material, sino de horizontes.

***Mi abuelo era pobre, pero nunca le faltó un plato de comida. Crió a sus hijos y les inculcó que debían estudiar. Esa cultura de la educación como ascenso, como posibilidad, como destino elegido, se está erosionando. Nuestros pobres no tienen acceso a ese tipo de cosas, se enfrentan a un mundo completamente diferente".***

Con su ejemplo, el "señor de las montañas" deja un mensaje inspirador. "Hace sesenta años, cuando me gradué como geólogo en la Universidad de Buenos Aires, no tenía idea de los años sin precedente y revolucionarios en los que se desenvolvería mi vida académica —escribe en su 'epílogo'—. (...) Al ver el trabajo producido en este volumen por mis exalumnos y discípulos, junto con otros colegas, me siento reconfortado y comprendo que mis años de trabajo —gran parte de ellos en el campo, combinados con una intensa actividad docente— no han sido en vano. Solo puedo agradecerles el esfuerzo de sus contribuciones y desearles que continúen con éxito por este camino, sin dejarse amedrentar ni influir por las actuales condiciones difíciles para la enseñanza y la investigación. Recuerden siempre que el esfuerzo y la perseverancia de nuestras acciones hacia nuestros objetivos dan frutos a mediano y largo plazo".

